

el mayor ruido en torno suyo... La cuestión es vivir y ganar dinero.

—La chiquilla que se llevaba, o mejor dicho, que raptaba, es bonifilla. Apuesto que tardaremos en volverla a ver—dijo el otro.

—¡Es capaz de todo!—dijo el primero—. Con la ayuda de su chófer, ese Domingo, que tiene cara de bandido, la habrá metido en un auto y conducido hasta su entresuelito de Neuilly.

Baltasar dió un salto y echó a correr como un loco. La capa de mosquetero se agitaba por ambos lados de su espalda como alas de murciélago. Ensayó inútilmente desenvainar su espada...

CAPITULO X

Amar... Matar...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al llegar al patio, tropezó ante una confusión de automóviles que traían nuevos invitados o que regresaban para recoger a los que se marchaban. Interrogó. Nadie sabía nada. Según la disposición de los lugares, se dió bien pronto cuenta de que el auto de Beaumesnil había podido esperar a éste en alguna salida particular. ¿Cómo hallarla en ese caso?

Entró de nuevo. En el interior todo el mundo bailaba, sin ocuparse del dueño de la casa ni de sus capricho

Baltasar pateaba de impaciencia y furor. No habiendo podido desenvainar la espada, agitábala con terribles gestos. La pluma de su sombrero, medio arrancada, le caía sobre el rostro y se hallaba enredado con una de

sus espuelas que se había deslizado bajo la bota. Parecíale que las cosas daban vueltas a su alrededor y que un cataclismo asolaba al universo. Por primera vez pensó que quizá existiera la aventura y que nadie estaba a cubierto de esas tempestades espantosas.

—¿Usted no los ha visto?—preguntaba a los criados cogiéndoles por el brazo.

—¿A quién, señor?

No contestaba. Tomábanle por un hombre que ha bebido mucho y se alejaba balbuceando.

—Va a matarla... Es capaz de todo, lo han dicho sus amigos.

Tomó por una galería y pasó entre dos hileras de palmeras y bambúes. Una ventana estaba abierta, saltó en los arriates y, recordando que el pabellón de la reina ocupaba el fondo de jardín, se dirigió hacia un hilo de luz que cortaba la sombra de los grandes árboles. Apareció una pequeña construcción, con una escalinata y una puerta entreabierta.

Obraba al azar y rápidamente, siguiendo las órdenes incoherentes de un cerebro en desorden, pero dominado por la voluntad inflexible de recoger, fueran cuales fueran los obstáculos, informes sobre el posible escondite de Beaumesnil. Al final de una abrupta

escalera, lucía una bujía colocada en un sucio candelabro. El pabellón, muy exiguo, no se componía más que de planta baja y un piso, con dos piezas en cada uno. Llegó a sus oídos un murmullo y subió. Una débil canción le atrajo hacia una puerta, que empujó de un golpe.

Una dama de edad, muy gruesa, de rostro rubicundo y vestida de terciopelo, estaba sentada ante una mesa en donde se alineaban grandes soldados de cartón. La lámpara, sin pantalla, daba una luz humeante que mostraba unos muebles pobres y una alfombra rota. En el muro estaba colgado el retrato de una dama joven con manto de armiño y una diadema en los cabellos.

Era la misma mujer, y Baltasar no dudó que fuera la reina, aquella que antaño llamaron Fresa del Bosque. La anciana nodriza no se encontraba; debía hallarse en la fiesta dada por Beaumesnil.

Aquella visión detuvo a Baltasar, quien se quitó el chambergo, dejando al descubierto una peluca rizada de color pajizo.

Fresa de los Bosques murmuraba entre dientes una cancioncilla infantil y de un papirofazo derribaba un soldado, lo que la hacía reír.

Baltasar murmuró golpeándose el pecho:
—Rodolfo... Rodolfo...

Levantó ella la cabeza, no pareció sorprenderse y con un revés de la mano hizo caer al suelo todos los soldados. El tumulto hizo redoblar su risa, que se terminó en ligera queja al extraer de un cajón y arreglar uno tras otro varios objetos: un vasito, una cucharilla, una medallita de niño y un chupete de marfil. Los besó y después hizo seña a Baltasar para que los besara a su vez. Sus labios murmuraban palabras incomprensibles. Comprendió que estaba loca y que debía de estarlo desde la pérdida de su hijo.

El lamentable espectáculo de aquella mujer no le conmovió mucho, pues no pensaba más que en los peligros que amenazaban a Calabacita; pero ¿qué podría hacer?

Fresa de los Bosques, siempre sonriente, cogió unos andadores de niño, de crochet, en el que sus torpes manos se pusieron a trabajar haciendo, deshaciendo y embrollando los puntos. Cerca de ella saltaba el ovillo de lana con un ruido metálico que sorprendió a Baltasar. Habían enrollado la lana en torno de una llave de cuyo anillo pendía una etiqueta. Baltasar leyó lo que había escrito en ella: Calle de Berton, Neuilly, y convencido de

pronto que era aquélla la dirección particular de Beaumesnil, metióse la llave en el bolsillo y retrocedió hacia el rellano.

Ni un solo instante pensó que la pobre loca podría ser su madre.

En el patio ningún auto estaba libre y tuvo que contentarse con un simón lamentable con ruedas cercadas de hierro y tirado por un esquelético jamelgo, del que no se sabía si iba al trote o al paso. Baltasar se enfurecía. Escaló el pescante y latigó al caballo, que se detuvo. Por fin desembocaron en una calle siniestra en donde había parado un auto.

Baltasar pagó al cochero y enfiló los muros, mientras que su capa y su chambergó proyectaban sobre la carretera empedrada desmesurada sombra.

Ante una casita baja y aislada dormía el chofer de Beaumesnil.

Sin ruido alguno introdujo la llave en la cerradura. Baltasar contenía la respiración. A fientas palpó un muro que siguió y que le hizo penetrar en el interior de la planta baja. Un escalón le cerró el paso; tropezó y se levantó en el mismo instante que oía abrirse una puerta, y para ver, cerca de él, la malla gris perla y el justillo granate de Benvenuto Cellini.

—¿Eres tú, Domingo?— preguntó éste—. ¿Qué diablos haces ahí?

Pero al abrir un poco más la puerta reconoció, en plena claridad, la capa y el chambergo del caballero de Artagnán. Dió un salto atrás. Baltasar se abalanzó, penetrando en la habitación. Al otro extremo de ella yacía Calabacita inerte sobre una silla, con los ojos cerrados e intensamente pálida.

—¡Asesino!— exclamó Baltasar con voz ronca.

En un gesto de desesperación consiguió desenvainar la espada de Artagnán, una espada mellada y sin punta que parecía de hojadelata.

Benvenuto Cellini empuñó su daga y apuntó con una pistola damasquinada mientras decía:

—¡Pero estás loco!... Supongo que no querrás matar a tu padre, Rodolfo...

Mas una tal expresión de odio y de voluntad implacable deformaba el rostro de Rodolfo, que no se atrevió a pronunciar una palabra más. Artagnán avanzaba lentamente, sin precipitarse. Su espada, arma inútil, cayó al suelo. Sus dos manos se crispaban como si tuviera la intención de estrangular a su adversario.

Beaumesnil retrocedía también paso a paso. A su vez dejó caer la daga y la pistola de Benvenuto. La fisonomía atroz de Artagnán, su capa, el chambergo, todo le espantaba y érale imposible oponer la menor resistencia. Quiso gritar, pero las dos manos le apretaron la garganta. Cedió sin lucha y fué derribado, mientras que Baltasar, encarnizado, repetía incansablemente:

—Asesino... asesino... Tú la has matado.

Decía esto, aunque oía a Calabacita despertar de su desvanecimiento, pero nada podía detenerle en su obra justiciera. Beaumesnil le parecía un personaje diabólico, y no soltó presa hasta el momento en que aquel ente diabólico se aflojó como un pelele.

La escena no había durado un minuto. Cuando se levantó y contempló las venas hinchadas, los ojos desorbitados, el rostro amoratado, murmuró en voz baja:

—Está muerto.

Repitió varias veces la terrible frase con creciente espanto. Calabacita, que se le había acercado, gimió:

—¡Está muerto! ¡Está muerto!... ¿Es posible?... ¿Qué ha hecho usted, señorito Baltasar?

Transcurrieron unos segundos, unos espantosos segundos. Una suprema convulsión agi-

tó la malla gris perla y sobrevino la trágica inmovilidad del cadáver.

—Márchese—suplicó Calabacita—; van a detenerle...

—¿Detenerme?—dijo con voz lejana—. ¿Por qué? Te he defendido contra él... contra su violencia...

Calabacita se sorprendió y dijo:

—Pero no, señorito Baltasar... si no me ha tocado... Tambiën creí yo al principio... Me amenazaba, pero era por el dinero... quería la cartera.

Baltasar la miró estúpidamente. No comprendía y murmuró:

—Tienes razón... van a detenerme... He matado a mi padre y van a detenerme... me meterán en la cárcel.

Calabacita se precipitó hacia él, animada de pronto de fuerza y de rebeldía.

—¡No, eso no, eso no!... ¡Cueste lo que cueste... Yo le salvaré a usted, señorito Baltasar.

Lo arrastró fuera de la habitación, lo sacó a la calle, en donde el *chauffeur* seguía durmiendo. Se dejó guiar como un ciego, pero ella no sabía dónde conducirlo y su indomable voluntad no podía traducirse en actos salvadores.

Pasaron ante el farol de una comisaría de

policía. Rápidamente Baltasar se desasíó y gritó a los agentes de guardia:

—He matado a mi padre. Venid a comprobarlo.

—¿Quién es usted?—le preguntó el cabo de guardia, estupefacto ante aquella visión de otras edades.

Vaciló. ¿Era Rodolfo o Baltasar? Pero en su aflicción creyó que hacían alusión a su disraz, y contestó:

—El caballero de Artagnán.

Le aconsejaron que se fuera, y de prisa, si no quería que le encerraran por porte ilegal de traje y por embriaguez.

Erró largo tiempo. Nunca había sido tan desgraciado. Beaumesnil se le aparecía ahora como el más grande de los poetas, como un hombre afligido por algunos defectos, pero de una grandeza de alma incomparable. ¡Y era él, su hijo, quien le había matado!... Calabacita procuraba consolarle, ¿pero qué decir a un hombre que ha matado a su padre y a quien aplastan los remordimientos?

—He matado a mi padre... soy un parricida... Un parricida...

Evocaba cosas terribles; el Tribunal, el veredicto, el cadalso.

Se durmieron en un banco. Baltasar apoyá-

ba su peluca rizada contra la espalda de Calabacita. Un agente examinó a aquel mosqueado adormecido en los brazos de una vendedora de frivolidades y se alejó.

Al amanecer marcharon hacia las Barracas, en donde debían coger algunas cosas antes de que la policía supiera el crimen; pero Baltasar ya no pensaba en entregarse. Llegaron. A aquella hora nadie se había levantado aún. Sin embargo, vieron un automóvil y al llegar cerca de las casucas distinguieron a un hombre que se escapaba sin haberlos visto. Parecía muy agitado. Era Beaumesnil con su disfraz Renacimiento.

—A Saint-Cloud, de prisa — ordenó a su chofer.

Ambos tuvieron al principio la misma idea, creyéndose juguetes de una alucinación o bien que había pasado un fantasma ante sus espantados ojos; pero el sonido de su voz duraba aún en sus oídos y Baltasar cuchicheó:

—Vive... No lo he matado... ¡Gracias, Dios mío, gracias; está vivo!

No hubo ninguna transición entre su desesperación y el exceso de una alegría súbitamente frenética. Estalló en una carcajada y, cosa increíble en él, hasta inició un paso de baile mientras decía:

—¡Vive! Se acabó la cárcel, se acabó el caldoso... ¡Beaumesnil vive!

La preocupación que se reflejaba en el rostro de Calabacita interrumpió su delirio. Baltasar le preguntó:

—¿Qué es lo que tienes? ¿No estás contenta? Vamos, reflexiona... Beaumesnil no está muerto; yo creí haberlo matado y no lo he matado... ¿Qué te pasa pues, Calabacita?

Esta articuló lentamente:

—El señor Beaumesnil es un ladrón.

—¡Diablo!—dijo—. ¡Un ladrón! ¿Y por qué?

—Ha robado la cartera... la herencia del conde de Coucy-Vendôme.

—¿Qué cuentos son éstos, Calabacita? ¿Conoce acaso la existencia de esa herencia?

—Me vi obligada a revelárselo todo hace un mes para salvar a usted. Con parte de ese dinero pudimos alquilar un barco, hallar ayudas y comprar al jefe y a los soldados que debían fusilarle.

Baltasar estaba desconcertado.

—¡Cómo! ¿El señor Beaumesnil...?

—El señor Beaumesnil no tenía ni gorda, y yo quería salvar a usted a toda costa. Nos llevamos, pues, el tercio de la cantidad en mi cartera de cuero.

—¿Y el resto?

—El resto lo había enterrado en mi pequeño hangar, y era el secreto de ese escondite cuya revelación exigía esta noche de mi con pistola en mano.

—¿Pero tú no habrás hablado?

Calabacita contestó:

—Sí... tuve miedo... He dicho algunas palabras confusas, pero creí que no las había entendido.

—¿Y crees tú que...?

—¿A qué venía aquí si no, señor Baltasar? Inmediatamente que se ha repuesto ha saltado en su auto y ha venido a robar la cartera.

Baltasar no parecía muy emocionado.

—¿Qué le vamos a hacer? Ya encontraremos la cartera. En el fondo, lo esencial es que Beaumesnil no haya muerto... Yo no veo más que esto; yo no he matado. Lo demás carece de importancia.

Atravesaron las casucas. El hangar estaba situado a la izquierda de "Las Danaides", adosado a la casucha del señor Vaillant du Four.

Había bastante claridad para que pudieran divisar el escondite. Se dieron cuenta en seguida que el suelo había sido removido.

—Aquí es... aquí enterré el dinero...—dijo Calabacita.

Un poco más allá, al resplandor de una bujía que habían encendido, distinguieron un cuerpo que yacía en el suelo. Inmediatamente reconocieron al señor Vaillant du Four, el cual tenía el rostro cubierto de sangre. Baltasar se inclinó sobre el herido, que al verle murmuró, en una especie de estertor:

—Me ha pegado... un puñetazo.

—¿Quién?

—Un hombre... con calzón violeta.